Es el paisage tan agradable, tan risueña la colina y tan profundo el valle, hay una calma y una serenidad tan apacible, que se dice vulgarmente «la felicidad está allí.» Acaso sea el fastidio. Hay en aquel sitio ruinas sin orgullo, pero que tienen tal carácter de antigüedad, que se les mira con el respeto que se pondria en escuchar las palabras de un anciano.

Cuando saliendo de Paris y tomando el rumbo nordeste se atraviesa entre San Dionisio y Ecouen, se encuentran aquí y allí elegantes y nobles recuerdos; anales que la religion, la gloria, la magnificencia y el placer han hecho ilustres y encantadores; caros al corazon y al pensamiento: esos recuerdos avanzan alegremente en nuestra historia, y mezclándose á nuestras fiestas de hoy, nos cuentan las hazañas del tiempo pasado. Mas léjos no se encuentran mas que los restos de viejas y tristes abadìas, y las sombrías y sangrientas leyendas que rodean la cuna de la monarquìa francesa: las relaciones tienen la acritud y el tinte de la crueldad y la barbarie. La supersticion, la ignorancia y el fanatismo, estàn en el fondo de todos los acontecimientos; para esplorar esas tinieblas y esos misterios de los campos de la isla de Francia, es necesario tener algo mas que el celo y la curiosidad del historiador; es necesario tener piedad filial y practicar el culto de los antepasados, preguntar á la vez al origen de los unos y al fin de los otros, al primer vagido y al último suspiro; al nacimiento y á la muerte de los que nos precedieron, y cuyos rudos trabajos han sido para nosotros una herencia de civilizacion.

Despues de los Clovis II y III que desde el siglo VII tenian sus audiencias en sus palacios de Luzarches; despues de Carlo Magno, que donó sus tierras de Luzarches á la iglesia de San Dionisio, encontramos en el siglo XII una bula del papa Luciano III, que reconoce la ecsistencia en Luzarches de un capítulo de siete canónigos, y les concede el derecho de cortar madera en el bosque para quemar y para construir.

Luzarches tenia dos iglesias, cada una al estremo de la villa, bajo las invocaciones de San Cosme y San Damian; el título de San Cosme se dió á la Colegiata, la cual poseía las reliquias de los dos mártires. El humilde templo de una pequeña villa ha sido partícipe de aquellos restos preciosos con las basìlicas de que se enorgullece mas la cristiandad. En Luzarches es en donde se sabe bien la historia de aquellos santos mártires. Una vieja que estuvo al servicio de un antiguo cura del lugar, nos da la version de los agiógrafos.

San Cosme y San Damian eran hermanos, árabes de nacimiento; hicieron sus estudios en Siria, y fueron médicos muy hàbiles. Siendo ambos cristianos, la caridad los impulsaba á prestar toda su asistencia á los pobres con mucho celo y desinterés. Los griegos les llamaban *Anargyres*, por-

que no recibian dinero de sus enfermos: vivian en Ciro en la Cilicia, muy unidos á la fé de Cristo y procurando sin cesar hacer nuevos prosélitos en esta creencia.

La persecucion de Diocleciano los entregó á Lysias, gobernador de la provincia, quien los hizo perecer en medio de tormentos.

Una parte de sus reliquias está en Roma, adonde fueron llevadas en tiempo del papa San Félix, bisabuelo de San Gregorio el Grande. Tambien hay parte de ellas en Venecia, repartida entre los Benedictinos de San Jorge el Mayor, y los otros Benedictinos cuyo monasterio fué fundado en 1583. Igualmente poseian parte de las reliquias la Catedral y la parroquia de San Cosme en Paris; en fin, la iglesia Colegiata de Luzarches tenia su porcion de este tesoro. Hé ahí una posesion que honra.

Los médicos de la era cristiana han honrado à San Cosme y á San Damian, pero sin imitarlos, á la manera que en la antigüedad habian los médicos admirado á Hipócrates, rehusando los presentes de Artaxerxes.

Esta leyenda de los dos santos es el capítulo mas importante de la historia de Luzarches, y con él se liga un acontecimiento que ha dejado en el lugar emociones vivas y profundas, cuya memoria no ha debilitado el tiempo.

Fué esto en el reinado de Felipe V, por sobrenombre, á causa de su estatura, llamado Felipe el Largo, en 1319, tres años despues de su advenimiento al trono.

Habia en Luzarches una jóven á quien la castellana del pais habia recogido en el castillo, como sucede en los cuentos de encantos. Un dia que hilaba en su rueca guardando su rebaño cerca de Herivaux, pasó por allí la señora del lugar y se quedó admirada al hallar tanta gracia y talento en una pastorcilla que no cumplia quince años; su nombre era Juana. Luego que estuvo en el castillo se le pusieron maestros para que aprendiese cuanto quisiera saber: comia *azúcar en platos de oro*, así lo dice la leyenda; y se cubria con hermosos vestidos. De simple aldeana habia pasado á ser una señorita de quien se hablaba muy bien, encontrándola agradable y amante. Fué solicitada en matrimonio, mas ella en tributo de gracias á la Santísima Vírgen por los beneficios que le habia dispensado, hizo voto de no casarse.

Acababa Juana de cumplir los veintiun años, y era la persona mas atractiva que pudiera imaginarse; nadie la igualaba en gentileza en toda la isla de Francia y en la Picardía, provincia vecina: no se hablaba mas que de sus encantos y su fama se estendia muy léjos: pero allí junto á Luzarches vivia el mortal afortunado que debia conmover el corazon de Juana. En una noche de invierno sumamente fria, estando cubierta la

tierra de una gruesa capa de nieve trasparente como el cristal, á tiempo que los habitantes del castillo de Luzarches se preparaban al descanso, y cuando el capellan finalizaba la oracion, dieron fuertes golpes á la puerta principal del castillo. A poco rato el viejo Raymond, que era el mas antiguo servidor de los señores del castillo, avisó al castellano y à la castellana que el jóven señor de Champlatreux se habia estraviado en el bosque, y aunque separado de su habitacion por corta distancia, les pedia hospitalidad.

Las personas de quienes se solicitaba la gracia se mostraron tanto mas satisfechas, cuanto que entre las dos casas ecsistia una amistad antigua y recíproca, y por lo mismo se habia visto con sentimiento en Luzarches que el jóven señor de Champlatreux despreciase aquella afeccion de familia. El huésped, cuya llegada se bendecia, fué recibido con la mas cordial hospitalidad. Enguerrand de Champlatreux era un jóven de elevada y noble estatura; luego que entró en la sala, que se llamaba entónces la sala del hogar, se hizo notable la belleza de sus formas, la enérgica espresion

de sus contornos y el contraste que formaban su cabellera negra, sus negras cejas, su barba negra y naciente, con las tintas ligeras, dulces, suaves y rosadas tendidas como una aureola límpida por toda la persona de Juana, y reflejándose en el azul de sus ojos.

Juana no pudo contener un estremecimiento á la vista del recien venido; sintióse conmovida de una manera estraña: lo mismo pasó por el jóven señor, y ambos, Juana fija é inmóvil, Enguerrand herido de admiracion, se miraron fijamente: se quedaron mudos, sorprendidos y encantados. Luego que la reflecsion se hizo lugar despues de aquella primera y súbita impresion, Juana dió á conocer su disgusto de haber dejado percibir el desórden de sus sentidos y de sus ideas; se irritó contra sí misma, y para recobrar un poco su dignidad comprometida, afectó frialdad y silencio. El señor de Champlatreux, que conoció perfectamente sus disposiciones, se acercó á ella y le dirigió un cumplimiento que haria honor al talento de un trovador.

Enguerrand esperó en vano respuesta y no pudo conseguir en aquella noche ni una mirada ni una palabra. Servida la comida destinada al cazador y aprocsimándose la hora del sueño, se retiró despues de haber saludado de nuevo á Juana, quien se inclinó, bajando los ojos.

La conducta de Juana sorprendió á los señores de Luzarches, que querian complacer á Enguerrand, y nada comprendian de aquellas maneras tan distantes de las habituales de la jóven, siempre afable y atenta para con los que se le dirigian. Este capricho inesperado é inesplicable los afligió.

Sin embargo, Juana no habia procedido con aturdimiento; dos motivos poderosos se reunian para aconsejarle lo que hizo. El señor de Champlatreux tenia en toda la comarca una reputacion formidable, no obstante su juventud, pues tenia poco mas de veinte años, era ya célebre por sus numerosas y siniestras hazañas. Las madres temian su encuentro con sus hijas; los padres, los maridos, los hermanos, los esposos y los amantes temblaban cuando se ponia en campaña aquel señor, cuyo fuego y ardores nada era bastante á moderar. Esas tradiciones de violencia son la base de casi todas las crónicas feudales. Los hombres de guerra eran raros en el país; se veían mas monges que soldados, y habia poca proteccion que esperar contra las pasiones de un jóven imperioso, cuyo humor tiránico aumentaban la posicion, el nombre, el nacimiento y la fortuna. Sabia tambien Juana que el orgullo de Enguerrand se sublevaria al solo pensamiento de tomar por muger á una doncella de aldea. En cuanto à pertenecer al señor de Champlatreux por otro tìtulo que el de esposa, no lo consentiria jamas.

Enguerrand afectó por Juana la indiferencia que ella mostraba para él, y aparentó no pensar mas en aquellos atractivos de que se le habria podido creer prendado. Esa táctica es tan vieja y comun, que los amantes la creen segura y fàcil: rara vez deja de producir su efecto, como que es-

CAPILLA ALFONSINA